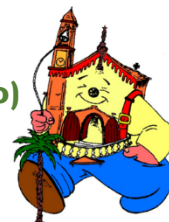




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



Domingo III de Pascua

Ciclo C.

1ª Lectura

Lectura de los Hechos de los apóstoles (5, 27b-32. 40b-41)

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: "¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre." Pedro y los apóstoles replicaron: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. la diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen." Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

Palabra de Dios

Salmo responsorial (29)

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.
Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí.
Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. **R.**

Tañed para el Señor, fieles suyos,
dad gracias a su nombre santo;
su cólera dura un instante,
su bondad, de por vida;
al atardecer nos visita el llanto;
por la mañana, el júbilo. **R.**

Escucha, Señor, y ten piedad de mí;
Señor, socórreme.
Cambiaste mi luto en danzas.
Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre. **R.**

2ª Lectura

Lectura del libro del apocalipsis (5, 11-14)

Yo, Juan, en la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millones alrededor del trono y de los vivientes y de los ancianos, y decían con voz potente: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza." Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar -todo lo que hay en ellos-, que decían: "Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. "Y los cuatro vivientes respondían: "Amén." Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje.

Palabra de Dios

EVANGELIO Juan 21, 1-19

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: "Me voy a pescar." Ellos contestan: "Vamos también nosotros contigo." Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: "Muchachos, ¿tenéis pescado?" Ellos contestaron: "No." Él les dice: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis." La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: "Es el Señor." Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: "Traed de los peces que acabáis de coger." Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice: "Vamos, almorzad." Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" Él le contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Jesús le dice: "Apacienta mis corderos." Por segunda vez le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Él le contesta: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Él le dice: "Pastorea mis ovejas." Por tercera vez le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?" Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: "Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero." Jesús le dice: "Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras." Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: "Sígueme."

Monición de entrada

Sumergidos de lleno en el tiempo pascual, continuamos disfrutando de la alegría de la resurrección, tratando de vivirla en nosotros mismos y al mismo tiempo de transmitirla también a los demás. Que esta Eucaristía nos ayude a profundizar en el misterio de la fe, uniéndonos más al Jesús resucitado y haciendo más firme nuestra esperanza y caridad.

Monición a las lecturas

Seguimos con la lectura continua del libro de los Hechos de los apóstoles como primera lectura. Lo completa, tras el salmo, un texto del Apocalipsis que rinde homenaje a Jesucristo, el Cordero de Dios cuyo sacrificio merece toda alabanza. Y, para terminar, escucharemos la aparición de Jesús a siete de sus apóstoles en el mismo lugar en el que tres años antes les había invitado a seguirle. Esta segunda llamada es la definitiva. Que la sea también para nosotros, convocados a ser discípulos de Cristo vivo y misioneros de la alegría del Evangelio.

Acción de gracias.

Te conocimos junto al mar;
nos sedujo tu palabra;
dejamos todo para seguirte
impulsados por el abrazo de tu aliento,
como quien sigue un canto que abrasa el alma
y dibuja sus acordes en el viento.

Contigo recorrimos mil caminos
por tierras que transgreden las fronteras;
remamos mar adentro,
subimos hasta el cielo en cada encuentro,
con tu divinidad siempre escondida,
agazapada en tus manos y en tus versos.

Ahora, tras la cruz que pintó horizontes
en nuestros pequeños cielos,
regresas junto al mar de Galilea
para llenar el vacío de tu ausencia
con un fraternal banquete de sonrisas
con las que llenas de sentido los lamentos.

Nosotros, desnudos como Pedro,
nos lanzamos al mar que mojaba nuestros pies
en otros tiempos;
este mar en que abriste un camino
para llevarnos a ti como hombres nuevos.

Y en esa misma orilla,
donde otrora pusiste nombre a nuestra hambre,
modelas y domas con tus manos hasta el fuego,
asando en él panes y peces,
llenando las alforjas de recuerdos
para nutrir nuestra esperanza temblorosa
cuando vengan sin remedio los desiertos.

Y así, despiertos, con tu luz, de nuestros sueños,
y curadas con tus llagas
las razones de otros tiempos,
extenderemos los brazos, ya sin miedo,
para que sea tu voz la que nos lleve
a donde nunca quisimos ir,
guiados por tu Espíritu creativo
por el único camino que ahora sabemos cierto.

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Hoy tenemos que pedir de una forma especial por el cónclave que Dios mediante se abrirá el próximo 7 de mayo. Que el Espíritu Santo ilumine la inteligencia y el corazón de los cardenales para que sepan encontrar, unidos, al nuevo sucesor de Pedro y roca donde se edifica la Iglesia. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por el nuevo Papa, cuyo nombre seguramente conoceremos ya el domingo próximo. Dale Señor valor para asumir la responsabilidad, humildad para asumir sus límites y valentía para hacer frente a los muchos retos que hoy afronta la Iglesia y el mundo. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por nuestra Iglesia en Cartagena y por nuestro obispo, para que en este tiempo de cambio mantenga la templanza, espere con actitud orante y viva con esperanza los acontecimientos que están por llegar. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Por los niños que durante el mes de mayo van a hacer su primera comunión en nuestra comunidad parroquial. Que se sientan acogidos y acompañados en nuestra iglesia en su proceso de maduración en la fe. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por todos y cada uno de nosotros, para que sintamos la presencia de Cristo resucitado en nuestras vidas. Que, alimentados con su Palabra, su cuerpo y su sangre, respondamos con generosidad a la vocación a la que somos convocados. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

Una vez terminada la explosión primaveral con la que celebramos la resurrección de Cristo, nos disponemos a desplegar poco a poco el maravilloso significado que este acontecimiento tiene para la historia de la humanidad en general y para nuestras vidas en particular. Contamos para ello, como siempre, con la riqueza de la Palabra de Dios que la liturgia nos ofrece. A través de esta Palabra descubrimos cómo unos hombres desorientados por la muerte del maestro y amigo, y atemorizados por la persecución que desencadena la continuación del anuncio de su mensaje, son capaces de asumir con valentía y coraje la tarea de continuar la misión que recibieron. ¿Qué pudo ocurrir para que se produjera este cambio? ¿Qué tendría que ocurrir en nuestras vidas para que también nosotros fuéramos capaces de dar ese giro radical? Lo que ocurrió lo encontramos implícitamente en el primer anuncio (llamado “Kerigma”) de aquellos hombres. Este primer anuncio es como un resumen de su experiencia de fe sintetizado en tres mensajes centrales que podemos ver en la primera lectura:

- El poder de este mundo crucificó a Cristo, pero Dios los resucitó y ahora VIVE.
- Jesús resucitado es el SEÑOR que culmina la Alianza de Dios con los hombres.
- Ante este hecho transcendental, debemos convertirnos y cambiar de vida.

Con la experiencia de la resurrección ya no hay fracaso humano que no se pueda superar. Los poderes de este mundo buscan personas “obedientes” que, como corderitos, sigan sin rechistar sus dictámenes; se trata de inocular una obediencia PASIVA en la que los de arriba piensan y deciden, mientras que los de abajo sólo acatan. Pero Cristo resucitado rompe con esta metodología que usa el miedo y el castigo como amenaza. Cristo nos ofrece un tipo de obediencia nueva: la obediencia a Dios, que no es pasiva, si no ACTIVA. Porque obedecer a Dios no implica la dejación del deber de pensar y actuar en conciencia. Obedecer a Dios supone estar en sintonía con él; no es una mera recepción de órdenes y preceptos que nos llegan a través de intermediarios, sino una relación personal que nos abre a una vivencia en libertad, incluso asumiendo el error de negarle (como Pedro), y siempre desde la certeza de estar vinculados por un lazo irrompible, cimentado sobre el amor divino y no sobre la frágil condición humana. Se trata de obedecer no como corderos que deben ser protegidos, si no como creyentes que siguen al Cordero que se inmola por amor, sin más protección ni defensa que la verdad.

Una de esas experiencias de encuentro con el resucitado que nos cambia la vida la tenemos en el evangelio de hoy. Al margen de las resonancias que tiene con otros textos evangélicos (la pesca milagrosa, la multiplicación de los panes o las negaciones de Pedro), en este evangelio podemos encontrar un proceso de fe por el que, desde el fracaso y la oscuridad, se puede encontrar la luz del resucitado que transforma la vida. Veamos brevemente la secuencia del evangelio y algunas posibles implicaciones en nuestras vidas.

El contexto inicial es de fracaso. Los discípulos, tras la muerte del maestro, han vuelto a sus orígenes: su trabajo cotidiano. No hay ningún ambiente especial de oración que haga presagiar lo que está a punto de ocurrir. Por el contrario, es de noche (noche también espiritual); Pedro se ha empeñado en trabajar por su cuenta (algo muy acorde con su carácter); los otros discípulos no lo dejan solo y se van con él. Son siete discípulos (número de plenitud y de apertura a toda la humanidad). Como era de esperar, el trabajo es en vano.

Amanece; y con esa luz del nuevo día aparece una figura en la orilla que primero pregunta por el resultado de la faena y luego ofrece una vía alternativa. No hay nada que perder y en su nombre se vuelven a echar las redes. ¿Quién ese hombre que sin ser pescador conoce mejor que los pescadores profesionales qué hacer para dar fruto? Es Jesús resucitado; pero únicamente el “discípulo amado” es capaz de reconocerlo. Pedro, el más bravucón de todos, está semidesnudo; comenzó a perder su ropa y a mostrar sus vergüenzas cuando negó a Jesús tres veces, pero ahora, el mero hecho de oír que es el Señor le hace ceñirse la túnica, como vio que se la ciñó el maestro cuando le lavó los pies, y lanzarse al mar de la vida porque no puede esperar ni un segundo más para comprobar si es él de verdad o sólo un espejismo en la orilla.

Jesús se adelanta y les prepara un banquete en el que les dará de comer, porque él ya no lo necesita. Es él, resucitado. Su presencia, sin embargo, no agota el misterio de su resurrección. No se trata de una aparición definitiva, pues de ser así los discípulos ya estarían en el paraíso y no necesitarían comer ni reafirmar su fe. Sin duda es él, pero su aparición únicamente es reconocida desde la fe. Cristo aparecido tiene cuerpo, pero el cuerpo no deja de ser un medio necesario para relacionarse. La experiencia de la resurrección es sin duda una experiencia de RELACIÓN con Cristo vivo; por ello necesitamos de su cuerpo y del nuestro; necesitamos su comida, sus palabras, su presencia encarnada incluso tras su paso por la tumba... con todo, ello no agota el misterio; no podemos identificar el cuerpo aparecido de Cristo resucitado con la totalidad de su SER eterno; de ser así y como ya hemos dicho, estaríamos plenamente en su presencia; y basta con mirar nuestras vidas y las de aquellos pobres pescadores de Galilea para darnos cuenta que nos queda un largo camino hasta que aprendamos a no ceñirnos por nosotros mismos el cincho de nuestra razón y de nuestro orgullo, dejando que sea Dios el que nos ciña y nos lleve a donde no queremos ir.

De lo que se trata es de dar el paso de la prepotencia a la confianza, de la razón empírica a la fe, de las apetencias al amor desinteresado... he ahí la pascua, el proceso a través del cual Cristo resucitado nos invita a seguirle para resucitar con él.

Pedro da ese paso como lo ha dado antes el misterioso “discípulo amado”. Tal vez ese discípulo amado sea el mismo Pedro, aunque él no lo sepa, o tal vez nosotros, o ese niño que llevamos dentro y que cree sin tantas complicaciones. Porque el discípulo amado es aquél que es capaz de relacionarse con Cristo desde lo profundo, en una relación cordial. A Pedro le cuesta ese paso porque todavía no ha dejado salir fuera su identidad de “discípulo amado” que sigue resistiéndose; por eso cuando Jesús le pregunta dos veces si le “ama”, él le contesta simplemente que “le aprecia”. La tercera vez, Jesús parece ponerse serio y usando el mismo verbo que Pedro usa en sus respuestas, le pregunta si le “aprecia” de verdad; Pedro ya no tiene más respuestas; sabe que es incapaz de amar de verdad y por ello no quiere repetir el mismo error que le llevó a negar tres veces al que antes había prometido acompañar hasta la muerte. Finalmente, Pedro entenderá que amar es hacer lo que Dios espera: obedecerle para ser libre, entregarse para ganarse, morir para vivir a sí mismo y dejar que aflore ese “discípulo amado” capaz de llegar hasta el martirio. Cuando aparece esa intuición, Jesús no tiene más que repetir la misma petición que le dirigió años atrás, cerrando el círculo de la llamada: “Tú sígueme”.

Nosotros, como Pedro, muchas veces hemos caído en el orgullo, en el poder, en la bravuconería. Pero también hemos aprendido que seguirle es algo más que bonitas palabras; seguir a Jesús es dar la vida con él sin esperar nada a cambio, entregándose por completo hasta el último aliento de vida. Nuestro deber, como creyentes, es ahondar en esa experiencia de vida, haciendo nuestra la liturgia de alabanza que se nos propone en el libro del Apocalipsis. Toda la creación es una aparición de Cristo resucitado. Todo nos habla del amor de Dios que supera todo dolor, muerte, enfermedad... Dios es nuestro aliado, esperando no sólo tras la cruz y la tumba, sino dejándose traspasar por nosotros en nuestros sufrimientos y bajando con nosotros a nuestras tumbas. Sólo desde ese amor es capaz de resucitarnos sin que nos escapemos de sus manos irremediabilmente. Este Dios no necesita nuestra alabanza, somos nosotros los que no podemos hacer otra cosa más que alabarle; no hacerlo nos esclavizaría a los poderes de este mundo, desdiciendo lo que con tanta claridad el universo proclama. Unamos nuestras voces a la de toda la historia humana representada en los 24 ancianos (12 tribus del antiguo testamento más 12 discípulos del nuevo). Unámonos también a las voces de los cuatro vivientes, símbolo de todo el universo conocido (cuatro estaciones, cuatro elementos, cuatro puntos cardinales...) y a la de los ángeles, para alabar y bendecir no a un cordero que obedece a los poderes de este mundo, sino únicamente al Padre, sacrificándose por esa obediencia para librarnos del poder de la muerte.